

LA SAETA

SEM ANARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 23 de Noviembre de 1899

Núm. 470



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Marcelle Bordó.

Reutlinger.



Estoy con el alma en un hilo.

Este alma mía, no tiene nada que ver con el alma nacional de que nos hablan los políticos, y por tanto es una, indivisible... yo por lo menos me la figuro así.

El alma nacional es otra. La tuvimos; *estuvo en nuestro vaso*, como el Rhin alemán en el vaso de los franceses, según las atrevidas estrofas de Musset; pero la señorita es inconstante, veleidosa, por lo visto, y... ya no nos queda de ella sinó el recuerdo dulce de haberla gozado. Poco á poco va á resultar que Salisbury dijo... lo que *no* dijo, y nó por culpa de la nación, sinó por los pecados de los muchos cronistas, aventureros de la palabra, poetas, cantores del *laúd*, y demás turbamulta del *hampa de la escritura*.

El alma nacional ha transmigrado: se ha ido con los boers.

Me alegro. Se ve que al salir de nuestro suelo, al evaporarse de nuestro ambiente, no ha perdido sus virtudes esencialmente patrióticas, algo quijotescas, pero puras, inefables, casi sublimes al fin.

No obra como otros españoles que al pasar la frontera se sacuden el polvo de los zapatos y hacen acopio de *galicismos* con el intento de parecer luego, cuando están de vuelta, lo menos españoles posible.

Me alegro, digo, porque no se ha ido con los ingleses. ¿Quién sabe si esa migración obedece á un odio inveterado de nuestra alma nacional contra el inglés?

El caso es que nuestra alma nacional, (si es nuestra, que no lo sé) ya no está con nosotros. Lo dice un cronista asegurando que: «el espíritu español del año ocho lucha con las huestes del Transwaal y de Orange por su independencia», y lo asegura un vate de firma, si no anónima, *usada*, en este pie de soneto:

—¡oh alma nacional, te reconozco!

que es todo un pie y nó de los más breves, nó de los que gastan chapín.

Pero yo afirmaba que estoy con el alma en un hilo. La otra, es decir, la mía. ¡Jesús, y cuanto cuesta expresarse cuando se pone uno al habla con esa gente gárrula... y *filósofa*! ¿Por qué estoy con el alma en un hilo?

¡Ah, sí! Porque *otra* escritor dice lo del alma nacional, pero no lo mismo, al revés. No dice que el espíritu español del año ocho lucha, sinó que los españoles hemos sido los boers de la citada fecha. Es decir, que ni eso, ni alma nacional hemos tenido en nuestro vaso; así resulta que nos prestaron la suya á comienzos de siglos los boers. De modo, que no hemos hecho sinó devolver el alma esa, probablemente porque nos la han reclamado en vista del mal uso que hacíamos de ella. ¡Y tã mal uso!

Yo me he tentado la ropa, interrogándome: «vamos á cuentas: ¿qué eres tú? ¿español transmigrado? ¿aparición de español? ¿descendiente de los boers del año ocho que lucharon por la independencia española? ¿descendiente de los españoles del año ocho que luchan hoy por la independencia de los boers?» Nada, me hallo en el mismo caso que los canarios y los mallorquines, que no saben ya si son isleños ó peninsulares.

Ciertamente, no es extraño que se presenten estas dudas aquí donde hay tantos *gofos* que *hacen literatura*, según expresión de Unamuno, que no leen á Galdós, y afirman que un anónimo, deja tamaño á Zola.

«Ser único es ser inestimable; por eso alcanzan tan alta categoría, la flor del cáptus, Victor Hugo, las cataratas del Niágara, la perla rosa, el cisne negro, Cristo y..»

Y Rueda.

Salvador Rueda, de quien copio ese párrafo: párrafo, que acusa inmediatamente la mano que lo ha escrito, la del maestro de obra prima. No aseguraré yo que Rueda sea inestimable, pero único en *colorar*, mejor diríamos pintarrapear el idioma, sí que lo es. Tiene una paleta monstruo: ¡cómo que no está al alcance del diccionario! Pasa por ducho en hacer ensaladas como la que dejó transcrita ó transcripta. Nó, no es ensalada: Cristo, el cisne negro, la perla rosa, las cataratas del Niágara, Victor Hugo, la flor del cáptus... un pisto manchego. Peor.

«Cuesta sudores de imaginación, si se me permite la frase...» Nó, señor; no se le permite á usted. Para escribir disparates no hay permiso que valga: esas cosas sólo pueden permitir las y las han per-

mitido, directores inocentes, que no ven más allá de sus narices, ó que no entienden una palabra en el arte de escribir, ó que pecan de benévolos. Rueda tuvo su época; fué el *más joven* de los poetas, el *único* poeta que podía consolarnos cuando ocurrió la muerte de Zorrilla (ahora le ha desbancado Paso) según la gacetilla cursi, ramplona, y el maestro del *colorismo*. Un colorismo... ¿cómo diré que era ese colorismo? Andaluz, propiamente andaluz. Cuando no había periódico en España que no hablase de él, exagerando la hipérbole del elogio; cuando un editor le incluía en cierta biblioteca de autores célebres, inmediatamente después del eximio é ilustre Valera, tuve la honra de afirmar (demostrándolo) que Rueda no hacía más que hilar vocablos como quien hila clara de huevo y hace una pasta insípida de barbarismos. También dije que al autor de Granada y Sevilla le habían mareado los aplausos y se le había subido el colorismo á la cabeza, produciéndole una insolación. Los amigos officiosos y los gacetilleros habían malogrado su talento. No era un genio, pero pudiera haber pasado por medianía apreciable; ahora ni á medianía llega ya. Según ocurre siempre en estas cosas, el tiempo, la experiencia y los frutos del *propio cosechero* han venido á darme la razón. La ola de la juventud y de la fama han pasado por encima de Rueda, y Rueda que tomó por lo serio su papel de Mesías literario y no quiso estudiar ni aplicarse, se encuentra allá, en aquel punto lejano, abajo, muy abajo... se pierde, se pierde, casi no se le vé.

Aun sigue escribiendo, (en lo cual no obra prudentemente) y aun escribe como entonces, con tan gárrulo y pedestre estilo. No es necesario multiplicar los ejemplos. Uno: *dícese* que las tres gotas de esa fuente (que acaso no exista más que en mi fantasía) son de una agua riquísima, deliciosa» ¿Pues cómo se dice, cómo anda en lenguas la fama de esa fuente si *acaso* no existe más que en la fantasía de Rueda? ¿Y cómo ha oído él decir que las gotas *son de una agua* tan excelente? Misterios del *acaso*. Otro: «Sísifo asciende á la cumbre de la montaña, *bajo* el peñasco, y antes de dejarlo arriba, resbala de sus hombros y cae.» Vayan ustedes apuntando: ¿quién está *bajo* el peñasco, la cumbre de la montaña ó Sísifo? ¿quién resbala de sus hombros Sísifo, el peñasco? No porque esté claro en la oración, sinó porque quien lee tiene sentido común, se adivina que Sísifo *asciende bajo el peñasco* (lo cual no deja de ser otra barbaridad) y que el peñasco resbala de los hombros de Sísifo: lo que ya no aclara ni el mismo Rueda es si el que cae es Sísifo ó es el peñasco. Pongamos los dos, y pata. Pero ¡Dios mío! ¿cómo lleva Sísifo sobre los hombros el peñasco y al mismo tiempo va Sísifo *bajo* el peñasco? ¡Cuántas tonterías se hubiera evitado poniendo que Sísifo escalaba la cumbre cargado con un peñasco, sencillamente!—Los coloristas simbólicos son enemigos acérrimos de la sencillez... y del lenguaje. Lo de la fuente es símbolo, convengo en ello, y lo de los esfuerzos geológicos de la montaña que pare en doce meses tres gotas, también; pero se me figura que se pueden idear símbolos y escribir en romance claro y limpio, sin ofender á la gramática.

Renuncio á seguir analizando. Procure el señor Rueda que no le sude tanto la imaginación, ¡porque el sudor debilita.

CLAK



¡Al abismo!

Es usted un mal hombre

Al revés de lo que le ocurría ordinariamente, Jorge *devoró* el almuerzo; los manjares de la fonda no eran muy apetitosos, y es seguro que el último de los admiradores de Brillat-Savarín habría reclamado diplomáticamente contra los atrevimientos de la cocina, por insultos de obra al paladar; pero Levia no estaba entonces dispuesto á fijarse en tales minucias. Comió distraído los platos que tuvieron á bien servirle: descorchó tres medias botellas de Rioja clarete, y apuró á los postres dos copas de champagne, que el demonio sabría si era champagne ó qué era, aunque la marca y la factura le hacían pasar por legítimo *veuve Cliquot*.

Cuando se echó á la calle iba con el corazón alegre, con el cerebro loco, con la fantasía disparada: era una tarde de Marzo, que en Murcia parecía ya de tibia y perfumada primavera. Murmuró él; — «¡vaya, hasta el sol me sonríe! ¡Si me habré enamorado como un colegial!» Llegó á casa de María Ana, casi de un vuelo, y se detuvo en la puerta que, como todas las de aquel lugar silencioso y dormido, estaba á medio entornar. Jorge empujó y volvió á detenerse ante el cancel. Reinaba allí una semi obscuridad beata, aumentando el sopor y la tristeza del ambiente. Llamó, dando con los nudillos en el armatoste, y apareció á poco la mujer que había salido á recibirles por la mañana, con su invariable mueca de asombro y de idiotez:

—Avisé á María Ana ¿no está? — gritó Jorge, como si por el aire y la fisonomía coligiese que aquel espantajo era sordo.

—La señora duerme... No se encuentra bien... ¿Sabe? Hace unos días que me da mala espina: duerme mucho ¿sabe? ¿No le parece á usted que eso de dormir tanto?... ¿El señor es médico?

—No pregunto por la señora, pregunto por la... señorita, por María Ana.

—¿Sabe, la señorita? Yo creo que no podrá resistir...

De allá dentro salió una voz tierna, armoniosa, de un sonido *transparente*, delicioso:

—¿Qué es eso, María Rosa? ¿Con quién hablas?

* * *

Apareció la figura de la joven, de aquella niña adorable, que le parecía á Jorge llovida de otros mundos, de países desconocidos, porque no había visto jamás, entre tantas mujeres hermosas como pudo admirar durante su vida errante y aventurera, una cara tan gitana y un ser tan delicado y sutil.

¡Si que era gitana! Con aquellos ojos negros, negrísimo; con aquella tez tostada por el sol, en que el sonrosado de las mejillas aparecía como una marca de fuego; con aquella cabellera crespada, de hilos suaves, sedosos; con aquellos labios rojos, de comisura breve, que semejabán el capullo de una rosa en el punto de abrirse; con aquella nariz perfilada que se inclinaba majestuosamente hasta la boquita; con aquella barbilla, remate primoroso del óvalo de la cara, en que se abría un hoyuelo tentador; con aquella cabeza, en fin, que se le antojaba á uno al contemplarla, pastel inspirado, viviente, de artista genial, María Ana era una moza de belleza árabe, con todos los atrevimientos de línea, toda la esplendidez de formas, todas las donosuras de la raza. Daban ganas de abrazarla viéndola, y parecía, sin haberla estrechado aún, que ya sentían los brazos el contacto de la carne como si fuese roce de terciopelo...

Turbóse Levia cuando apareció María Ana.

«La mora» se presentaba en actitud que no pudo sospechar él nunca de fácil representación para las aptitudes de una mujer así; actitud no desdeñosa, pero de soberana, de reina herida en su orgullo, que soporta con altivez la tristeza del agravio.

—¡María Ana! — exclamó Jorge haciendo ademán de tenderle los brazos.

—¡Chist! Mamá descansa... duerme— contestó ella dibujando en su boca un mohín indescriptible. Y luego en voz baja:

—¿Ha descansado usted? ¿Está usted



ya decidido á proseguir el viaje otra vez?

Dijo esto en tono tal, que no parecía sino que entre Jorge y ella no existía otro afecto que el que despierta en los humanos un trato político y cortés.

—Nó, María Ana—repuso Levia sonriendo y ya dueño de sí. — No me marcho; aunque usted se enoje; aunque usted abomine de mí como se abomina de un monstruo; aunque usted me arroje de su lado como se arroja un objeto inmundo; aunque usted crea que soy yo el más inicuo y el más vil de los hombres á quienes ha animado con su soplo divino Dios: un réprobo, un insolente... el espíritu del Mal.



María Ana le oía en silencio; mirándole con fijeza; clavando en él aquellos ojos de pupila rasgada, serenos, inquisidores y dulces á la vez. Volvióse hacia la criada cincuentona y dijo:

—Anda y siéntate al lado de mamá, no sea que despierte y necesite algo.

Cuando desapareció María Rosa continuó María Ana señora de aquel gesto sublime, displicente, severo. Reinó un silencio, no embarazoso, sino solemne, grave. Los dos personajes de esta escena continuaban de pie. Jorge, cruzándose de brazos, serio, digno, inquirió:

—Una palabra, María Ana: ¿de veras, cree usted que soy malo yo?

—Jorge... no creo nada, no tengo derecho á creer nada. Usted ha sido tan bondadoso que me ha cuidado durante el viaje como si perteneciera yo á su familia; ha expuesto usted su existencia por salvar la mía y le debo agradecimiento. No me puedo quejar; no tengo derecho á quejarme ¿verdad? Después de todo ¿qué? Ha creído usted que era yo guapa y me lo ha dicho. Ha prodigado usted las galanterías del caso á una mujer joven, y ahí acaba el cuento, ¿verdad?

—¡Oh, María Ana, qué bonita está usted con el ceño fruncido, con ese aire de enfado y de enojo! ¿Qué criatura es usted? Tiene usted los ojos más bellos que he visto en mi vida: hay en ellos un soplo que los anima y que no pasa por los ojos de otras mujeres. Tiene usted en su cuerpo y en su alma no sé qué misteriosos encantos que seducen, que deslumbran: es usted niña y mujer, es usted ángel y Diosa: yo la amo á usted. Confieso que no he pensado en la mujer como pienso ahora, adorándola á usted. La mujer ¿qué es? ¿La hembra? Nó: la mujer es... lo que es usted. No sé lo que es la mujer, y yo quiero saberlo... es decir, quiero que me ame usted.

—Por supuesto — contestó María Ana dejando vagar una encantadora sonrisa por sus labios — que todas esas cosas tan dulces son cháchara, música ¿verdad?

— Son... son los sentimientos más nobles y más puros de mi alma, que no pueden estarse quietecitos dentro del corazón.

María Ana, sin fuerzas ya para sostenerse, se dejó caer en el banco de madera colocado junto al cancel: ocultó la cara entre sus manos, y murmuró con voz humedecida en lágrimas, que sonaba á sollozos:

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!

Jorge la contempló mudo, inmóvil, como si no se atreviese á profanar aquella escultura divina, busto animado del dolor... Marcábanse las formas exuberantes de aquel cuerpo gallardo, caído en triste abandono; la ondulación del curvo seno, agitado por la pesadumbre amorosa, provocativo, tentador; la línea cimbreña del talle que daba á la cintura no sé qué aire graciosísimo de extremada voluptuosidad, y finalmente, por la inclinación de la mona cabecita, el nacimiento de la espalda mostrando una carne tersísima, aterciopelada, blanca... Acercóse luego el mancebo andando de puntillas como si temiese despertarla de aquel desmayo dulce: tomó asiento en el banco junto á la doncella, y cogiéndola por el pecho cariñosa y delicadamente, la atrajo hacia sí, exclamando en voz baja, con acento que parecía suspiro, queja, evocación, todo á la vez:

—¡María Ana! ¡Mora mía!

María Ana se dejó acariciar silenciosa, impasible, como si no tuviera conciencia de lo que pasaba á su alrededor. Recobrándola de pronto, se sustrajo á los brazos que la aprisionaban codiciosamente y contestó:

—Es usted un mal hombre. Muy...

—Sí, muy... pícaro. Pero yo voy á probarle que no puede ser malo quien ama á una mujer tan rica como usted...

—Nó, á mí nó. Usted ama á... otra. A Antonia Bellido.

J. F. LUJAN



Satisfechas

Cosas de los poetas

CUENTO PARA NIÑOS Y PARA PERSONAS MAYORES

—Que cuente un cuento, que cuente un cuento. Y las alegres muchachas palmoteando y gritando, sin orden, ni concierto, sitiaron, por decirlo así, al tío Frasquito, que pugnaba por romper el simpático círculo que le impedía escaparse.

—¿Pero, serán diablillos? — decía el hombre — dejadme en paz; ya se me han agotado los cuentos, y ya no sé lo que he de decir. Mañana será otro día.

—Ahora, ahora, ahora — repitieron las muchachas á coro.

—Vaya, vaya, habrá que daros gusto. Estaos quietecitas, sed juiciosas, y os contaré otro cuento; pero con una condición: la de que me habéis de dejar tranquilo luego.

Murmullo de toses y siseos se oyó por un momento y después todas prestaron atención, quedando como pendientes de los labios del tío Frasquito.

—Pues, señor; — empezó diciendo éste después de aclararse la garganta. — Erase un pobre zagal, de aquellos tiempos en que los zagaes sabían tocar la flauta, y eran hombres de bien, y conservaban no poco de las costumbres patriarcales; en una palabra, era un buen muchacho.

Un día pasó por el valle donde apacentaba su ganado una princesa muy bella, muy bella. (Por entonces había muchas princesas andantes). El zagal quedó deslumbrado, y en un principio, no sabía si admirar más las ricas telas de que iba vestida, su linda cara, ó su cuerpo ágil, esbelto y delicado. A él le pareció que en cielo y tierra no había nada comparable; la hermosa mujer, presentábase á su vista, como aparición celestial que le cegaba.

No sé si os dije que el zagal era muy guapo, muy guapo; pero eso no importa en gran manera, puesto que el hombre, cuando tiene juventud, salud y cara limpia, siempre puede presentarse delante de las mujeres, sin gran temor. El zagal estaba dotado de estas cualidades, como cuantos zagaes figuran en los cuentos.

Vió la hermosa y tuvo deseos de contemplarle de cerca ó de dejarse contemplar, que las dos cosas son posibles en una mujer que, á más de curiosa, es bonita. Y resultó que ella endeble y

delicada, se sintió inclinada hacia aquel muchachote de robusta complexión, ancho de pecho y de espalda, gallardo y de cara agradable y fresca.

Por no cansaros con palabras, os diré que se enamoraron el uno del otro. Ella, después de dirigirle algunas preguntas, se marchó prendada de él, y él quedó pensando en ella grabada la imagen en su retina tan clara y distintamente que no parecía sino que la llevaba siempre delante de los ojos.

Un pastor, hombre ya entrado en años, al saber los amores del zagal, le llamó un día á su lado, y después de permanecer mucho rato como mascullando en la imaginación lo que quería decirle, le amonestó de la siguiente manera:

—Hijo mío, debes hacer cuanto esté á tu alcance, para sacarte de la cabeza esos pájaros que se te han metido así de sopetón; mira, muchacho, que tú no tienes necesidad de estar triste, ni de pasar un infierno por una cosa á que tú no puedes llegar; las princesas, si no de otra carne que los pastores, están hechas á otras cosas.

—Pero si la señora me quiere.

—Ilusiones, ella se encontrará harta de tí bien pronto; porque tú no podrás darle los delicados mimos que necesita una cortesana. Si te quiere ahora es porque le haces gracia, pero eso no dura mucho.

Sermoneando estuvo el viejo pastor largo rato. El zagal le oyó con paciencia, pero sin querer penetrar la verdad de aquellas sinceras y honradas palabras; antes al contrario, creyó que el viejo hablaba impulsado por la envidia, porque él no había tenido en sus mocedades una princesa, y á

partir de aquel punto, procuró huir todo lo posible de él. La amorosa llama crecía en tanto.

Ella, por su parte, también fué aconsejada por una dueña quintañona.

Poco más ó menos dijo ésta á la encantadora princesa lo que el viejo pastor había dicho al zagal.

No le convenían de ninguna manera aquellas relaciones, y sobre todo, llevadas al extremo á que la señora las quería llevar. Un capricho que



Candidez.

LA SAETA

podía acabar por serle fatal, no debía llevarlo á cabo. Pase que una mujer tuviera una aventura amorosa, pero tenerla con un zagalote ineducado, con un groserote que al fin y á la postre había de acabar por asomar la oreja...

Inútil sermón: la señora había leído algunos versos muy bonitos que hablaban muy bien de pastores y zagales, poniendo por el cielo con poéticas razones á aquellos habitantes de la Arcadia tan traídos y llevados en todos los libros, y á ella no podía sacarle nadie de la cabeza que la felicidad estaba al lado del zagalón hermosote que Dios había colocado en su camino. El romanticismo exagerado quitó siempre á las mujeres la libre facultad de pensar seriamente en las cosas.

Advierto que el pastorcillo también había leído cuentos y versos, y que tenía la cabeza llena de sabrosos ensueños.

El caso es, que emperrados una y otro acabaron por hacer el gran disparate: se casaron.

Las bodas fueron más espléndidas, si cabe, que las del célebre Camacho, y no faltó quien dejara de pensar en que los novios iban á ser los más dichosos del mundo.

Aquí el tío Frasquito hizo una pausa demasiado prolongada para que no se impacientase su encantador auditorio.

Algunas, las más vivas, no pudieron resistir por más tiempo:

—¡Que acabel ¡Que acabe pronto!

El tío Frasquito suspiró tristemente.

—No quería terminar, para que cada una le diera á esta verdadera historia un desenlace á su gusto; pero al fin, acabaré diciéndoos que los dos

fueron muy desgraciados: al pastorcillo le venían anchas aquellas galas, y los grandes y hermosos palacios de la princesa parecíanle jaulas en las que estaba prisionero; los más ricos perfumes le resultaban empalagosos comparados con el puro olor del romero y del tomillo; echaba de menos las cabras, la flauta y su alegre cabaña, y muchas veces, lleno el pecho de desconsoladora tristeza, pidió al cielo que pusiera fin á aquella desesperante vida; le ocurría lo que al libre jilguero que se ve encerrado en jaula de oro.

La princesa también pasó una vida muy mala: el pastorcillo aquél más le olía á ajos que á ambrosía; encontraba brusquedad hasta en sus finuras, y sentía que le faltaba como marido uno de esos caballeros que, acostumbrados á tratar á las altas damas, saben darles lo que necesitan.

¡Cuántas veces se acordaron, él de los consejos del pastor, y ella de los sermones de la dueña quintañona!

Para terminar diré que los dos acabaron por morir de tedio.

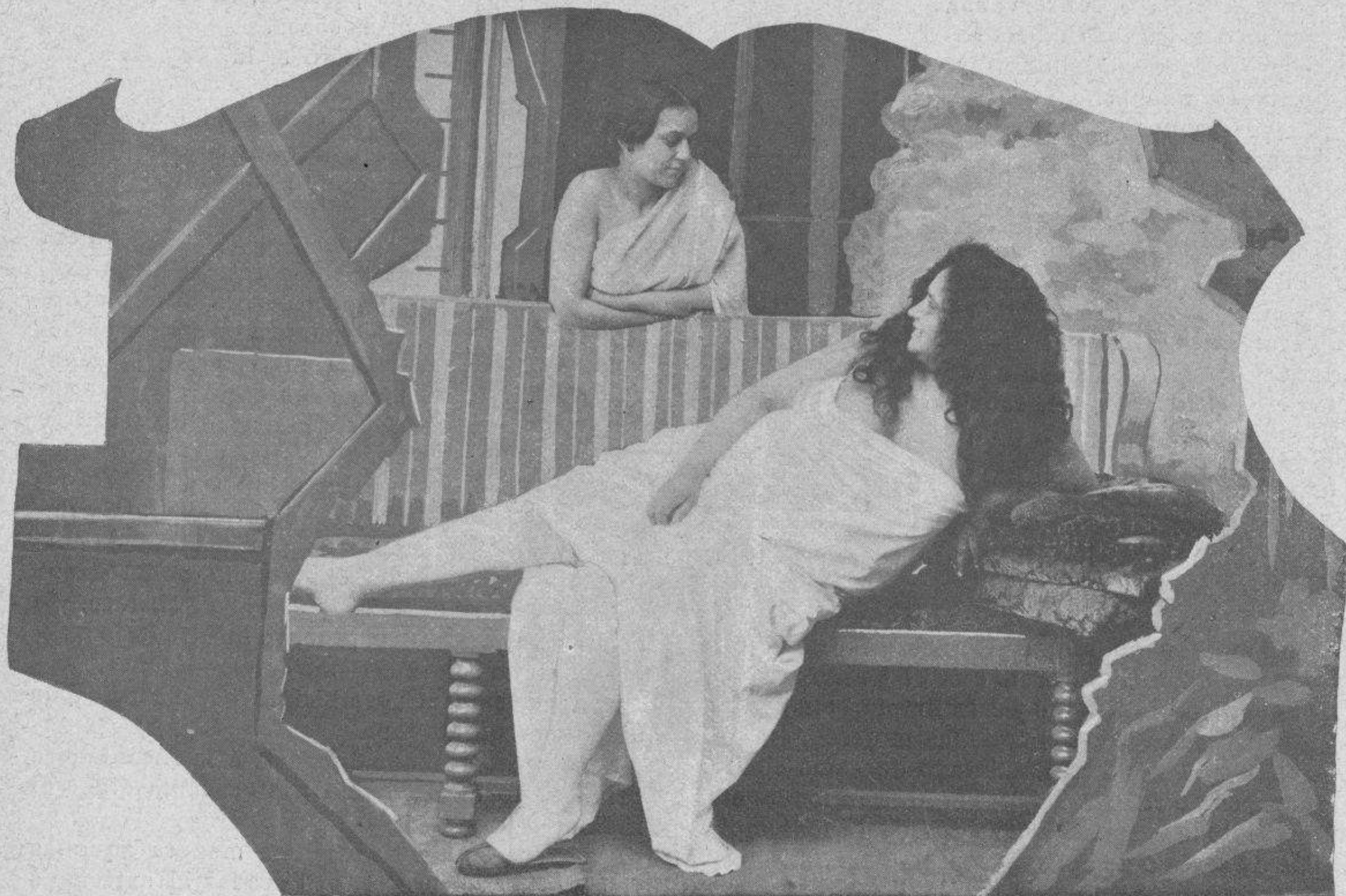
Las chicas que escuchaban al tío Frasquito quedaron tristes, muy tristes, y una de ellas se atrevió á interrumpir el silencio.

—¿Y por qué amándose fueron tan desgraciados?

—Por lo que lo son muchas criaturas en el mundo; por querer subir á donde no alcanzan sus fuerzas, ó por bajar á donde les está vedado. Eso de los cuentos son cosas de poetas que tienen el estómago vacío.

El tío Frasquito pudo dejar entonces sin dificultad al auditorio que quedó sumido en serias reflexiones.

RAFAEL RUIZ LOPEZ



Lo que se ve de una función entre bastidores.

Las represalias

I

(Habitación de Carmela, criada de los condes H. La sorprende arreglando su cama el amo.)

—¡Hola, Carmela! No te negarás ahora, á darme ese beso que hace tiempo te pido.

(Carmela roja como la grana.) — Señor conde ¿volvemos á las mismas? No puede ser.

(El conde se acerca zalameramente.) — Pero tonta, ¿por qué?

—Porque nó. Figúrese que se entera la condesa; sobre reñirme, me despide en seguida.

—¡Quiá! ¿Creo, que no se lo dirás?

—Dios me guarde .. Hágame el favor de no acercarse tanto. (Carmela se aparta con enojo.)

—Pero... gloria de mi vida, ¿ignoras que estoy sufriendo por ti? (Intenta besarla.)

—Le digo que nó; y hemos terminado.

—No quiero más que uno.

—Señor conde, déjeme en paz, ó grito.

—Si la condesa lo supiera y te arrojase de la casa, yo te pondría un pisito, y vivirías como una princesa. Conque... ¿me lo das?

—¡Terco, más que terco!

—Si me tienes loco, (acercándose) por ti, soy ca-



Celos trágicos.

paz de todo, (cogiéndole una mano) no sabes, cuanto te quiero. (Aproxima la mano á sus labios)...

II

(Galería de la casa. Pepito, niño de siete años, hijo de los condes, juega con un cochecito. El conde al pasar le pregunta):

—Pepito, ¿y mamá?

(Pepito contemplando su caballo.) — ¿Mamá?

—Sí; ¿dónde está mamá?

—Hace un ratito, miraba, por la cerradura del cuarto de Carmela, y se fué muy enfadada.

(El conde, inquieto, reflexiona.) — «¿Lo habrá visto?» Ve á su habitación, y dile que la espero.

—Al punto, papá.

(Mientras el chico lleva la noticia, el conde confundido aguarda la contestación, con los brazos cruzados, mirando el juguete de su hijo.)

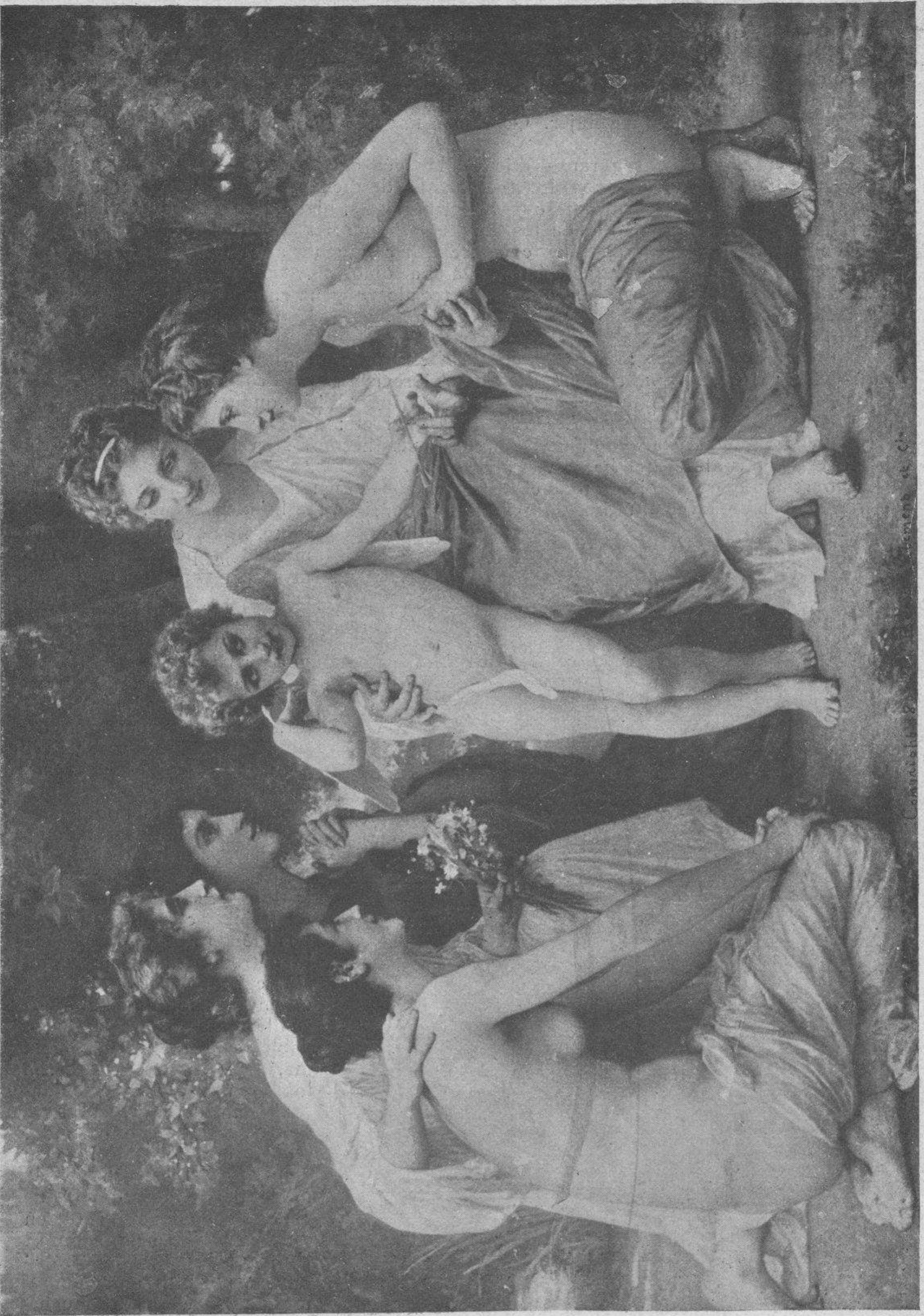
(Pepito de vuelta, frente á su padre, con las manitas colocadas atrás.) — Llamé á la puerta, y me ha dicho, que no puede abrir porque está con Ricardo, el cochero.

Luis LACOSTE



Tocado de fiesta.

BOUGUEREAU



Admiración.

El marido de la tiple

—Créanme ustedes, — decía á la sazón Perico Salvatierra, — el género epistolar es el peor que puede emplearse para meterse en negociaciones con las mujeres.

—Lo creo, lo creo, — añadió Manolo Arteaga. — Cuando me casé, estuvo en un tris que no hiciera fiasco mi boda por ciertas cartas que había yo escrito, y que por desdicha mía, fueron á parar á manos de mi mujer. Ocurrió esto en los momentos en que todo estaba arreglado para que lo fuera.

—Yo á mi vez, puedo asegurar, — dijo el Marqués de Casa Ibáñez, — que uno de los peores ratos que en mi vida he pasado, fué por una desdichada carta mía. Verán ustedes, mientras nos sirven el café, les contaré la historia, pues si bien en aquella época lejana ya dejo dicho que me proporcionó disgustos, hoy, es paso de risa su recuerdo.

Al inaugurarse la temporada en el teatro Real, hace muchos años, muchos, (tantos, que la mayoría de los muchachos que asistimos á ella somos hoy señores graves, padres de familia y de la patria), formábamos unos cuantos alegre peña en uno de los palcos bajos de la derecha, y que hoy tiene nuestro amigo Casares.

—Ah, si: el 16.

—No recuerdo el número; sólo sé que en la noche que cito, primera de la temporada, estaba nuestro palco *au grand complet*. Pasábamos revista al público y á las tiples nuevas, cuando ¡señores! desempeñando el papel de Margarita, ¡ah! porque se me había olvidado decir á ustedes que representaban *Los Hugonotes*; adelante: decía que en el papel de reina, se presentó sobre el escenario una de las mujeres más hermosas que yo había visto hasta entonces, y debo confesar que había visto bastantes.

La impresión que produjo en todo el teatro, ya pueden ustedes figurársela, y claro está, que nuestro palco, no fué el último en tributar alabanzas á tan hermosa tiple. Como can-

tante, he de confesar que era medianeja, pero ni por un momento se pensó en medir sus cualidades artísticas, cuando las físicas, que es lo importante, eran tan buenas... ¿qué digo? superiores.

Al acabar el acto, sin decirnos una palabra unos á otros, nos separamos en distintas direcciones, para volver á encontrarnos frente al *camerino* de la tiple. Todos habíamos tenido el mismo pensamiento y habíamos tratado de engañarnos mutuamente.

El cuarto estaba cerrado, la tiple, se estaba cambiando de traje, y cuando la puerta nos fué abierta y franqueada la entrada, previa presentación en toda regla hecha por el empresario, nos hallamos con la, para nosotros desagradable sorpresa, de que había marido y que éste nos hacía los honores de la habitación.

El marido en cuestión era una especie de oso barbudo, alto, formidable. Me hizo un daño atroz al estrecharme la mano. Hablamos de lo que ustedes saben que se habla en estos casos, y nos despedimos. Hubo luego discusiones, disputas y por último una apuesta que yo, ¡cosas de muchachos! sostuve con otro compañero de palco.

Y ya me tienen ustedes be-



— ¡Buen regalo! ¿Te costó mucho?

—Con una mirada tierua hubo bastante.

biendo los vientos por todo el edificio, y buscando la manera de ponerme al habla con la tiple, cosa que me parecía irrealizable, pues el marido no la dejaba á sol ni á sombra, ni daba un solo paso que no fuera en compañía suya.

La función acabó aquella noche, sin que yo lograra nada, y «la apuesta quedó en pie», como sucede en *don Juan Tenorio*.

Para la siguiente velada tenía meditado mi plan. Se nos daba *Fausto*, y antes de empezar la representación, me puse al habla con el traspunte, ya saben ustedes, ese que danza entre bastidores, el encargado de avisar á los artistas y de suministrarles los objetos que han de sacar á escena. Bueno. Pues á éste, le entregué una carta para la tiple, y una propina, (ésta para él) con objeto de que metiera mi billete amoroso en el libro de rezos, que Margarita saca en el tercer acto, después de la muerte de Valentin.

Así se arregló la cosa, la función empezó y aun cuando hasta en el tercer acto no debía recibir la diva mi carta, al primer entreacto pasé al escenario y me dirigí á su camerino, impaciente.

¡Ah, señores! para el buen orden de la relación, debo decirles que la carta era, tal como ustedes deben figurársela, declaración un poco libre, sin ser grosera, pues no se trataba de una carta á una señorita: en resumen, era una cita, y una invitación para cenar los dos solos.

¡Enterados, eh? Corriente; entré en el cuarto y allí estaba el marido, siempre con la cara *feroche* y hablando en italiano, pues según confesión propia, no entendía una palabra del castellano. Comparé aquella humanidad, tan grande, con la mía, tan insignificante en aquella época, y confieso á ustedes que tuve miedo, pues comprendía que de enterarse de lo que yo meditaba, me hubiera costado caro. Pero la negra honrilla se hallaba interesada y era necesario ir hasta el final.

Recomendé al traspunte mucho cuidado, vi cómo metía en mi presencia la carta dentro del libro y volví á mi palco.

Al otro entreacto lo mismo; fui al cuarto de la cantante y ¡oh, señores! lo primero que veo es al marido con el libro en el bolsillo de la americana. ¡El libro donde estaba mi epístola amorosa!

Francamente, me puse á temblar; no sabía qué decir; las palabras se atropellaban en mi boca, y torpe y confuso, salí del camerino dispuesto á coger mi abrigo y escapar corriendo del teatro. En el foyer me detuvo un amigo, quien me habló de cosas indiferentes, y esto hizo que yo me serenara; pero desde luego puedo asegurar que el acto no lo oí con tranquilidad. A cada instante esperaba ¡qué sé yo! que el marido se presentase de improviso en mi palco resuelto á matarme, ó que creído de la complicidad de su mujer con el autor de la carta, fuera ella la víctima de sus justificados celos. ¡Señores, qué acto!

Cuando ella salió á escena, escudriñaba yo con los gemelos su cara, esperando ver en



Mirando de este modo cuando me miran no hay hombre, si yo quiero, que no me siga.

LA SAETA

ella huellas del sufrimiento, resto de la terrible escena que con su marido debía haber tenido.

Cayó el telón y me quedé solo en el palco; entonces no quise ir al escenario. De pronto llaman á la puerta, abro y se me presenta el marido. De buenas á primeras me dice:

—No le extrañe á usted que hable el español, aseguro que sólo hablo italiano, porque así importa á nuestros intereses. Mi señora ha recibido su carta, y me he visto obligado á traducírsela. Me manda que diga á usted que hoy no puede acudir á donde usted dice, pero que mañana á la misma hora estará puntual. Y ahora, yo por mi parte, le daré un consejo, ya que tan galante se muestra con nosotros. Procure usted que en el *menú* haya langostinos, y si ve que ella se guarda algunos, no haga caso; son para mí, pues me gustan mucho. ¡Ah! y no abusen ustedes de los licores que luego se resiente la garganta, y Lina me da malos ratos, cuando vuelve á casa después de haber bebido mucho. Buenas noches.

Ya ven ustedes qué final más inexperado y qué sinsabares me hubiera yo ahorrado si en vez de escribir la carta hubiera ido derecho al asunto. Es más: puedo asegurarlo, porque una larga experiencia me lo ha enseñado así, que ellas se convencen mejor y más pronto de palabra. Escribiendo decimos muchas tonterías los hombres.

—¡Já, já marqués! ¡Tiene verdaderamente gracia la aventura!

—¡Vaya un marido! Es de lo más raro que conozco en la clase.

—Chistoso, chistosísimo. ¿Y qué tal, qué tal la cena, hubo langostinos? ¿Y en salsa, nó?

—Sí; y además, le mandé al marido directamente dos kilos, bien pesados.

—¿Y la bebida?

—Bien, á los dos días cuando devolví al otro su dulce consorte, le anuncié que aquella vez no habíamos abusado... por lo menos de los licores. No hubo necesidad.

AGUSTÍN R. BONNAT



The Standart.

—¿Conque le han mandado el médico á la tiple que acaba de presentar la baja por enferma?

—Sí, precisamente ella se ha dado de baja para recibir la visita del médico.

Lección aprovechada

(Conclusión.)

—Seguramente, ya habrán adivinado ustedes en qué consistió el pretexto de que me valí para despistar al ogro del presidente: afirmé con la mayor tranquilidad, que á causa de sentirme desvelado, habíame asomado á la ventana y, gracias á esta circunstancia vi un bulto que escalaba la tapia del jardín; que hice fuego y el bulto echó á correr, ignorando por mi parte si había yo logrado dar en el blanco.

El presidente me dijo, mirándome con torvos ojos:

—Felicito á usted, señor mío. En cuanto sea hora oportuna, irá usted á prestar esa misma declaración con las ampliaciones necesarias, ante el juez suplente, para que en seguida se instruya proceso y se proceda á la busca y captura del malhechor. En cuanto amanezca comenzaremos á hacer pesquisas, porque el asaltante debe haber dejado huellas... Ahora, buenas noches.

Y me volvió la espalda.

Era evidente, que no había acabado de quedar convencido.

Esta idea, me impulsó á aprovechar el tiempo que faltaba hasta que las tinieblas se disipasen por completo, en dar apariencias de verdad á mi superchería. Dirijime á la tapia del jardín, pateé el césped, descorché una parte del borde de aquella, pasé al otro lado y me dí una regular carrera por el campo, procurando hacer visibles mis pisadas y tronchar aquí y allá alguna que otra rama. Luego, poniendo igual cuidado en borrar las marcas de mis pasos, regresé por otro punto á la quinta. Como tenía una llave de la puerta del jardín, penetré tranquilamente, llegué á mi habitación y la fatiga me hizo conciliar el sueño.

Cuando desperté era cerca del mediodía. Subí al comedor, donde se hallaban reunidos los huéspedes de la quinta, y sólo en el modo con que me acogió el Presidente, conocí que mi estratagema había surtido efecto... ¡Ay de mí! ¡Debía surtirlo mucho mayor que yo esperaba!

Fué preciso que aquella tarde prestase declaración en regla ante el juez, que me sustituía y que, acaso para demostrarme que sabía cumplir su cometido, me abrumó á preguntas. Hube de dar los más mi-

nuciosos detalles respecto al imaginario ladrón y, obligado por la necesidad, me presté á ello con verbosidad y hasta elocuencia, que no vacilo en calificar de notables.

Disgustado de tanto embuste y comprendiendo que la situación se hacía delicada, hallé modo de manifestar á mi amante aquella misma noche, que creía prudente ausentarme por algún tiempo, sin perjuicio de que nos volviésemos á ver de nuevo en la capital de la provincia. Ella aprobó mi plan y, al día siguiente, como quiera que mi licencia duraba aún, me despedí de todos y marché á Madrid, á reunirme con mi padre á quien hacía tiempo que no había visto.

Hallábame disfrutando las dulzuras de la vida de la corte, cuando recibí una carta que me dejó anonadado.

Era de mi amante y en ella me decía, poco más ó menos:

«Es preciso que vengas; ocurre una gran desgracia. La policía, tan torpe para coger á los criminales verdaderos, ha cogido á un pobre diablo cuyas señas coinciden, por su desdicha, con las que diste en tu declaración, respecto al sér imaginario que trató de asaltar la quinta. Para mayor infortunio, el preso es hombre de malos antecedentes y está herido recientemente de arma de fuego; pero es padre de siete hijos; á ti y á mí nos consta que es inocente y mi remordimiento sería eterno, si le condenaran por culpa nuestra. Antes que tal suceda, prefiero perder la honra. Ven sin

tardanza; no vaciles en declarar la verdad, que yo no tengo valor para decir, y librémonos ambos del abrumador peso de un acto infame, cual lo sería el de comprar nuestra tranquilidad, á costa de la condenación de quien no

ha podido cometer un hecho que no ha existido jamás.

»Estoy segura de que lo harás así, por duro que sea el sacrificio. Si me equivocas, mi desprecio sería tu castigo.»

No era nada lo que se me pedía! Que arrastrase por el lodo la reputación de mi amante y la mía; que proclamase á la faz del mundo la deshonra de mi superior jerárquico y que destruyese mi porvenir... ¡Y para proceder honradamente, no había otro camino que seguir!...



Quitando el pellejo al prójimo.



Me han dicho muchos hombres
que soy salada;

y todos comprar quieren
la sal barata.

La impresión que me produjo la carta fué tal, que caí enfermo y estuve cerca de dos meses entre la vida y la muerte.

Apenas pude abandonar el lecho, me despedí de mi padre y partí, resuelto á consumir el horrible sacrificio, y pidiendo á Dios que aun fuese tiempo para realizarlo.

Sin embargo, por el camino reflexioné. ¡Tal vez pudiera arreglarse todo sin necesidad de acudir á medios extremos! Nadie había podido presenciar un hecho que, como decía muy bien mi amante, no se había realizado jamás. Yo era el único testigo... Pues con declarar terminantemente que él no era el hombre contra quien yo hice fuego, era imposible condenarle. ¿Cómo no se me habían ocurrido antes tales ideas?

Animado por ellas, llegué casi alegre, al término de mi viaje.

Me apresuré á informarme del estado en que se hallaba el asunto, y supe con sorpresa, que se estaba celebrando la vista de la causa, pues el Presidente, indignado de que se hubiera atrevido á asaltar una quinta donde se hallaba él, había hecho activar la tramitación de un modo extraordinario.

No tuve tiempo más que para cambiar de traje y presentarme en la Audiencia. Mi llegada fué favorablemente acogida, pues se había interpretado mal la incomparecencia del principal, del único testigo.

A pesar de esto, y según pude oír de labios del fiscal, que estaba pronunciando su informe cuando yo me presenté, la condenación del preso era inminente. Sobre que sus señas coincidían por completo con las que yo había dado, existía contra él un indicio abrumador. De la herida del hombro había sido extraída la bala, y esta era del mismo calibre de las de mi pistola, que había quedado en poder del juez.

El pobre diablo había negado constantemente, que nunca se le hubiera pasado por la imaginación asaltar la quinta de mi tío; pero ¿quién se fía de las negativas de un procesado?

Al verme entrar, el abogado defensor que me conocía, se apresuró á pedir que, antes de darse por terminada la vista, y aunque la ocasión na-



Por salvar las buenas formas
las mujeres en visita,
en mil ocasiones besan
la cara que morderían.

tural había pasado ya, se me recibiese declaración.

El tribunal, luego de deliberar, accedió á la demanda.

¡Qué momento aquel para mí, señores!

No había remedio. Puestas las cosas en el terreno en que se hallaban, ya no hubiera bastado mi simple negativa, que hubiese sido atribuída á nimios escrúpulos, al tiempo que había pasado... Era preciso decirlo todo y á ello me resolví, puedo jurarlo.

El presidente del tribunal me dijo:

—Mire bien el testigo al procesado, y diga si es el mismo contra quien en la noche de autos hizo fuego, al verle asaltar la tapia del jardín de la quinta donde el testigo veraneaba.

Yo me acerqué maquinalmente al presunto reo; fijé en él una mirada distraída, que de pronto adquirió gran fijeza, y volviéndome hacia los jueces, contesté con voz entera:

—¡Es el mismo, señor presidente!

El procesado, por su parte, que se había incorporado al acercarme yo, dejóse caer sobre el banquillo, y murmuró:

—¡Confieso, señor presidente, confieso!... ¡Qué se le ha de hacer!... ¡La necesidad!... ¡La miseria!...

El abogado se quedó hecho una pieza; mi amante, que asistía á la vista, se desmayó, y el público se quedó tan estupefacto como acaban de quedarse ustedes.

Sin embargo, la explicación es sencilla: aquel hombre no era reo de un delito que no había existido; pero lo era de otro mucho más severamente castigado. Entre la tentativa de un robo en poblado y la de un robo en despoblado á mano armada, el segundo crimen, tenía mayor penalidad. Y el prójimo en cuestión, era el mismo que me había asaltado en la carretera, pocas horas antes de los sucesos que he referido y contra el que yo había hecho fuego efectivamente. El me reconoció y los dos nos entendimos: prefirió una condena más suave á otra más rigurosa y, por mi parte, sentí tranquila mi conciencia, pensando que, en rigor, aún me mostraba benévolo con aquel miserable.

Pero ya comprenderán ustedes cual hubiera sido mi posición de no ocurrir tal casualidad, y

LA SAETA

cuanta transcendencia hubiese tenido una falta que, en otro que un magistrado, es de las que fácilmente hallan indulgencia á los ojos de todo el mundo.

Por eso digo, — concluyó el narrador volviéndose hacia Z., — que antes de ingresar en la carrera es necesario, á lo menos, estar seguro de que se ha extinguido ya el fuego de las pasiones. ¡Quiera Dios que la revelación que acabo de hacer á usted le resulte provechosa y, si no le lleva á desistir de su vocación, haga que proceda siempre con la corrección más irreprochable.

Z. no se apresuró á contestar.

Al cabo de algunos instantes de silencio, levantó la cabeza y dijo:

—Sí, señor, sí... Pero dígame usted... ¿Cómo demonios se las compuso para escalar el balcón de la presidenta?

X. le dirigió una mirada oblicua por encima de sus anteojos, y murmuró:

—¡Júm! ¡Me parece, amiguito, que hará usted perfectamente en no ingresar en la judicial!

BLAS QUITO



Cancan improvisado.

Cañitas

I

A los cristales de aumento
nuestro cariño comparo;
porque parece mayor
cuanto más nos separamos ..

II

¡Anda que ya no te quiero,
que ni tienes corazón
ni sabes tú lo que es eso!...

J. ENRIQUE DOTRES

Lance de amor

A don Rafael Casellas.

Querido primo Matías:
A la carta que me envías
no te puedo contestar,

porque la verdad, me lías
y no me sé desliar.

Dices que eres desgraciado,
porque estás enamorado
con una pasión sin freno.
¡Ay primo, tú me has tomado
por el pito del sereno!

Pedirme que te aconseje,
es partirme por el eje;
porque en cuestiones de amor,
traigo yo un teje maneje
de los de marca mayor.

Y hablándote, ingenuamente,
mi pasión es tan vehemente...
que ni yo la sé entender.
Por eso, precisamente,
te iba á pedir parecer,

en el crítico momento
que llegó tu escrito atento,
pidiéndomelo tú á mi.

¡Si vieras qué sentimiento
cuando tu carta leí!

Por mi bien ó por mi mal,

son mi soñado ideal
es'os pícaros renglones,
pues tienen algo fatal
que parte los corazones.

Y sin embargo, al leer
tu epístola, has de saber
que encuentro en ella una cosa...
que si lo vuelves á hacer
voy á enfadarme.

Tu Rosa.

Así, sucesivamente,
se escribieron más de veinte
cartas, en dos ó tres días,
firmando naturalmente
al final Rosa y Matías.

Y después de tanto error
no han llegado á comprender,
que con su modo de ser
comprometen al autor,
pues ya no sabe qué hacer
con este lance de amor.

LUIS E. LOPEZ DE HARO

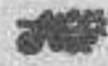


Juguetonas.



Una actriz tenía consigo una niña que pasaba por sobrineta, y disputando cierto día la gente del teatro sobre la fecha del estreno de una obra, saltó ella y dijo:

—Miren ustedes si yo la tendré presente, que no pude asistir á la función por estar embarazada de mi sobrina.



Voy á hacerle una pregunta que me tiene molestado,
 ¿Por qué, ¡vamos al decir si uno de los dos casamos, al hermano de la esposa le hemos de llamar cuñado?
 —Hombre, pues es muy sencillo y fácil de adivinarlo; Porque ambos, son de igual cuña. Ya lo tienes explicado.
 —¿Y á eso tú, le llamas cuña?
 ¡Jesús, qué nombre más raro...!

MORENO



Cierto banquero acaudalado, convidó á comer á un célebre violinista con la esperanza de que pagaría el convite deleitando á la concurrencia.

—Habrá traído usted el violín, ¿no es verdad?— preguntó el Crespo al músico.

—Nó, señor.—repuso éste sin vacilar;—mi violín no come nunca fuera de casa.



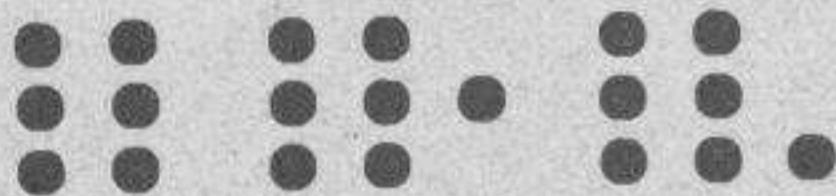
CHARADA

Prima tres, en el billar,
 dos prima, para vestir,
 dos terciá, para gozar,
 terciá dos, para reir,
 y el Todo para fumar.
 Si no aciertas con el Todo de esta sencilla charada, diré que no sabes nada, pues está de cualquier modo! caro lector, descifrada.

MANUEL GUILLOT FABADO.

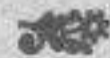


Tercio silábico



Colocar letras en los puntos de manera que se lea, horizontal y verticalmente, tres nombres de mujer.

IGNACIO CANAS.



Cuadrado



Substituir los puntos por letras de forma que, leído horizontal y verticalmente, expresen: 1.º, planeta; 2.º, mes del año; 3.º, emperador romano; 4.º, apellido y 5.º verbo.

A. ARROYO MANJÓN.

Jeroglífico comprimido



R. GÓMEZ.



Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADA. — Casanovas.

ACRÓSTICO DOBLE. — A L Z A R
 C A S T A
 U S T E D
 B A Z A R
 D E N S O
 A T R A S
 C A L L O

CHARADAS ELÉCTRICAS. — Teodorico, Cucala, Camilo, Emilio, Acémila, Pescado.

LOGOGRIFO NUMÉRICO. — Leandro.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO. — Entre notarios.

Correspondencia

Rogue. — ¡Pero es posible! ¡Conque la pobre María...! ¿Está usted seguro? ¿No cree usted que eso debe de ser fábula de algún envidioso? ¡Vaya que no... que no acabo de convencerme! Lo mejor será que no publique esos versitos ¿no le parece á usted? Cuando menos, hasta que usted tome informes y... no sea tan ripioso.

Julián Perez, el Gorrón.—

No es tanta la suerte mía:
 yo también me asociaría
 como usted quiere, guasón.

Pero no sé donde están,
 porque yo ni entro ni salgo
 en estas cosas, Julián:
 si las tiene algún sultán
 ¡vaya y échelas un galgol!

No le puedo complacer
 y lo siento, cosa clara:
 ¡qué invierno se nos prepara
 con el frío que vá á hacer!

F. T.—Hay, efectivamente, algunas incorrecciones: fíjese usted en que tuerto y efecto no son consonantes. Tuerto y dicharachero son asonantes, y por serlo afean la décima. De estas y de otras faltas que no expongo le libraré á usted su buen juicio y el gusto, que debe usted ir depurando. Lo otro lo publicaré como usted indica. Gracias por su amabilidad.

L. R. E.—Sin que estén mal, resultan tan insignificantes! ¡y unas ideas tan manoseadas! Quizás otra vez esté usted más afortunado. De todos modos, no podría aprovechar más que uno.

N. L. de E. —

Ya supongo que habiéndose casad
 no será usted soltero;
 lo que no veo claro es que el casorio
 le obligue á hacer sonetos;

procure ser usted un *buen* marido,
no escriba *malos* versos,
que á la casada, si es recién el caso,
no le gusta que el hombre pierda el tiempo.

M. G.—¡Jesús, qué tétrico se pone usted! No parece sino que usted escribe sus cuartillas cuando está de mal humor. Y como el mal humor es contagioso, y yo estimo mucho á mis lectores, me guardaré muy bien de publicarlas.

T. B. Y.—¡Hombre, conque usted quiere que le diga «el secreto para ser escritor?» Muy sencillo: escribe usted en viernes y se muerde las uñas, y cosa hecha.

Cachupín.—¿Pues no habíamos quedado en que usted se quedaría, en su casita encerrado?

R. de la V. G.—¿De modo que á usted le ha dado por poner la gramática en verso?

«Artículo es en la oración una parte muy principal que se pone en el *lugar* del nombre en la locución.»

Ahí ni hay versos, ni gramática... ni sentido común.
S. P. F.—¿Todavía no dejan ustedes en paz á las suegras?

El hombre poeta. — Dice usted:

« El barco en que iba mi ideal ha naufragado. »

¡Lástima que en vez del ideal no llevase ese barco al poeta... diría yo, si no fuera porque, además de poeta, es hombre!

R. M. F. M. — Muy flojo. — *Séneca*. — ¡Átrevidos! — L. D. S. — M. F. — S. P. D. — *Manolo*. — No puedo complacerles.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

CRÈME SIMON

à la glycérine

Poudre
de riz Simon



Savon
à la Crème Simon

Maravillosos para la

TOILETTE DIARIA

Preservan el rostro de las influencias del FRIO, del SOL, ó del aire del MAR. Blanquean y suavizan divinamente el cutis.

J. SIMON ♦♦ 13, Rue Grange-Batelière, 13 ♦♦ **PARIS**

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILEA

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN


España y Portugal, semestre.	6 pesetas.
AÑO.	11 »
Extranjero y Ultramar, un año.	17 »
Número corriente, 20 céntimos.	
Número atrasado, 30 céntimos.	

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.— Pago adelantado.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS



Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

Establecimiento tipográfico «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona,



20 cénts.

Núm 471.

